

Las tres dimensiones del carisma marista que nos identifica

Encuentro de la fraternidad



1. COMPARTIMOS

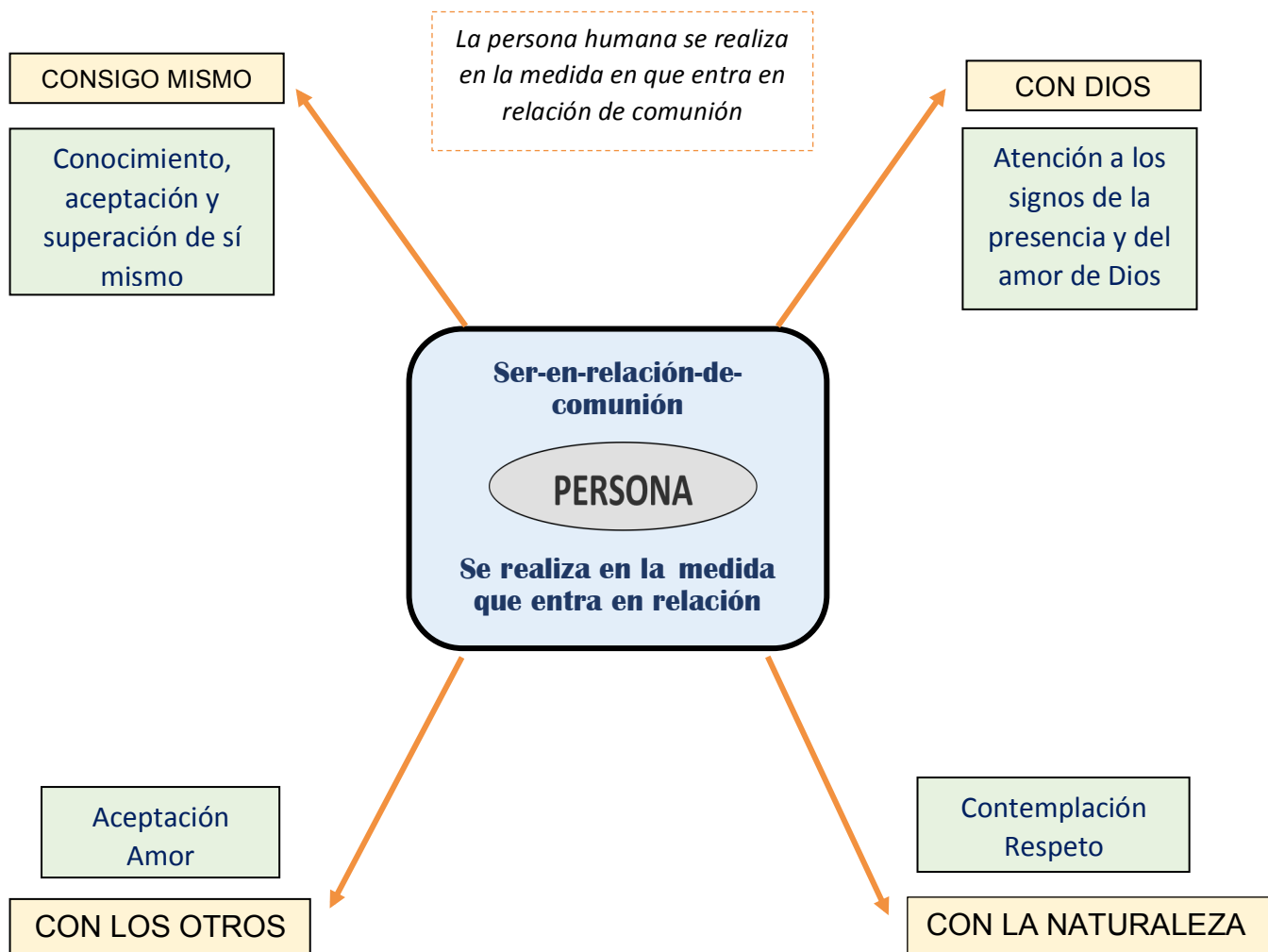
- ❖ Los **ecos** que quisiéramos compartir de la reflexión personal realizada en casa, en relación a las tres dimensiones del carisma marista.
- ❖ Intentar plasmar en un **dibujo** la comprensión de la interrelación entre las tres dimensiones del carisma. (pequeños grupos).
- ❖ ¿Qué **exigencias concretas** plantea a una fraternidad marista el seguimiento en serio a Jesús, de parte de sus miembros?
- ❖ “**Nos sentimos llamados a contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la construcción de un mundo mejor**”. Compartir propias experiencias en la vida de familia, profesión, sociedad... en relación a este llamado como laico/a marista.

2. NOS ENRIQUECEMOS

A. LA PERSONA HUMANA SE REALIZA EN LA MEDIDA EN QUE ENTRA EN RELACIÓN DE COMUNIÓN

Secretariado de Laicos

→ ¿Cómo te sientes armonizado en estas cuatro dimensiones? Confronta tu vida.



Cerrarse a la comunión es elegir el no ser.

La calidad de nuestra comunicación condiciona la calidad de nuestro ser y nuestra vida.

Acogerme a mí mismo

Escucharme, acogerme, respetarme y aceptarme para poder dialogar conmigo mismo.

La aceptación de uno mismo es la gran dinámica liberadora y creadora de nuestra más auténtica identidad. Se convierte en la auténtica y la más humana santidad.

Porque soy mi propio dueño, puedo hacerme a mí mismo, formarme hasta sentirme bien conmigo mismo y estar a gusto con mi yo.

Porque soy dueño de mi yo, puedo conocerme íntimamente y así aceptarme y ser mi propio amigo. Vivir en una comunión en la que cada uno se encuentra plenamente a sí mismo dándose al otro.

Acoger a los otros

La persona se realiza en la medida que entra en relación de comunión.

La comunidad engendra las personas y las personas engendran la comunidad.

Acoger es ir al encuentro del otro.

El ser humano es un ser social que se realiza viviendo en relación con otros.

La amistad, como el amor, es imprescindible para la plenitud y realización de la persona.

Sin amistad verdadera no puede darse plenitud de vida.

Nos necesitamos los unos a los otros; a través de la comunicación con los demás nos encontramos a nosotros mismos; en la comunicación auténtica con nosotros mismos nos encontramos con los demás.

Acoger a Dios

Acoger al Dios de Jesús, el de ojos de compasión y entrañas de misericordia.

El que no ama no ha conocido a Dios porque Dios es amor.

Acoger a Dios es hacer remontar a su fuente primera esa potencia de amor para llegar a descubrir lo que viene de él. Es experimentar ese poder del amor de Dios en nosotros.

Acoger a Dios es acoger a un Dios bondadoso y compasivo.

“Cuando creí que había un Dios, supe que no podría hacer otra cosa que vivir para El”.

Acoger a Dios es hacer de El la *roca firme*. Es la experiencia de que Dios es el Absoluto y que todo nuestro ser tiene su referencia última a El.

Si nuestro Dios es un Dios compasivo, no podemos realizarnos como hombres ni como creyentes, si no es desde la compasión y la misericordia que El nos trajo.

“Tener experiencia de Dios significa tener experiencia de ser amados, incondicional y gratuitamente, por El, hasta el punto de sentirlo “cómplice” en lo que vivimos”.

Acoger a Dios es vivir la certeza de ser amado por El. El proceso que se deriva de esta certeza se expresa en un talante, en un tono vital que suena a paz, a sonrisa, a seguridad...

Con la naturaleza

Experiencia de la creación.

Acoger la naturaleza es formar un cuerpo con el cosmos, incorporarse a la naturaleza de tal suerte que no se vea ya como un cuerpo extraño.

Tomarse tiempo para ser uno mismo viviendo en el corazón de la creación (cuidando plantas, contemplando el paisaje...)

Comunión con la naturaleza. Mantener con ella una relación fraterna, acogerla como un don del Creador dándole gracias.



B. LO PROPIO Y PECULIAR DE LOS LAICOS ES EL “CARÁCTER SECULAR” DE SU EXISTENCIA

Notas del Secretariado de Laicos tomadas de textos de la Iglesia

*Para el laico marista lo secular es el ámbito privilegiado
en que ha de manifestarse la fecundidad de la fe que mueve su existencia.
Desde esta índole secular se siente llamado por Dios para contribuir,
desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio
de sus propias tareas,
guiadas por el espíritu evangélico y el carisma marista.*

El Concilio Vaticano II ha señalado: «El carácter secular es propio y peculiar de los laicos». El Concilio considera su condición no como un dato exterior y ambiental, sino como una realidad destinada a obtener en Jesucristo la plenitud de su significado. Es más, afirma que «el mismo Verbo encarnado quiso participar de la convivencia humana (...). Santificó los vínculos humanos, en primer lugar, los familiares, donde tienen su origen las relaciones sociales, sometiéndose voluntariamente a las leyes de su patria. Quiso llevar la vida de un trabajador de su tiempo y de su región».

En efecto, los fieles laicos, «son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás, principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad». De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial. En efecto, Dios les manifiesta su designio en su situación intramundana, y les comunica la particular vocación de «buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios».



La secularidad no sólo es el hecho de ser del mundo y de vivir en medio del mundo; es mucho más: es ser y saberse responsables de este mundo, que es nuestro porque Dios nos lo ha dado, en Cristo, por heredad. En efecto, Dios les manifiesta su designio en su situación intramundana, y les comunica la particular vocación de «buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios».

El Concilio Vaticano II, al tiempo que proclamaba la llamada a la santidad de todos los fieles —enseñanza que Pablo VI consideró “la característica más peculiar y la finalidad última de todo el magisterio conciliar”—, indicó la secularidad como “índole propia” de los fieles laicos. En el caso de los laicos, por tanto, la secularidad —la índole secular de su existencia cristiana— aparece como rasgo preciso que define su modo propio y específico de buscar la santidad y de participar en la misión evangelizadora de la Iglesia. He aquí la peculiar responsabilidad de los fieles laicos, al servicio del hombre y del mundo: revitalizar todas las realidades terrenas viviéndolas y contribuyendo a configurarlas desde esa esperanza que no defrauda, misión que se

verá muy favorecida por una recta comprensión del significado de la índole secular de su vocación cristiana.

Para el fiel laico, lo secular es el ámbito privilegiado en que ha de manifestarse la verdad y la fecundidad de la fe, la esperanza y la caridad que mueve su existencia. Su presencia en el ámbito del trabajo y de la vida pública de la sociedad, su defensa de la dignidad y de los derechos del hombre, la realidad de su amor esponsal realizado en el matrimonio, constituye un testimonio imprescindible, que sólo pertenece y puede ser dado por los fieles laicos, de la verdad del evangelio de Nuestro Señor y de su presencia en medio del mundo a través de la realidad de ese pueblo sui generis que es su Iglesia.

Ese *acercamiento nuevo* a las cosas terrenas, fruto inconfundible de la esperanza, es el factor determinante que informa la secularidad cristiana: “un cristiano sincero, coherente con su fe, no actúa más que cara a Dios, con visión sobrenatural; trabaja en este mundo, al que ama apasionadamente, metido en los afanes de la tierra, con la mirada en el Cielo.

3. NUESTRA ORACION AL SEÑOR

➤ TESTIMONIO DEL HNO. SILVESTRE*

La carretilla y la alegría de los jóvenes

Los hermanos de un colegio se quejaron al padre Champagnat de la ligereza del Hno. Silvestre, el más joven de la comunidad, porque según ellos no pensaba más que en divertirse y en hacer niñerías, y causaba desorden en la comunidad.

- ¿Ese joven es activo y cumple bien su empleo?, le preguntó el Padre.
- Sí, cumple bien su trabajo, dijo el hermano director.
- ¿Y es piadoso y reza?, dijo Marcelino
- Tampoco tengo nada que reprocharle en este punto, ni en ningún otro de su conducta, dijo el director, sino únicamente el excesivo gusto que siente por el juego, y lo excesivo y turbulento de su carácter.



Se lo voy a pintar con un solo hecho de los mil que pudiera citarle y que le podría dar una idea de los extremos a que llega en este aspecto.

No hace muchos días, después de haberse divertido un buen rato en el patio corriendo con una carretilla, se metió con ella por la cocina y por las clases y acabó por subirla por las escaleras hasta la sala de profesores.

El Padre Champagnat conocía muy bien a aquel joven y le quería mucho por su jovialidad, docilidad y gran sencillez, junto a una profunda bondad, y dijo al hermano director:

- Lamento que no haya subido la carretilla más que hasta la sala de profesores; si la hubiera subido hasta el desván, le hubiera dado un premio. Prefiero cien veces que se divierta de ese modo a que se quede quieto y aburrido. No veo qué malo pudo hacer con

la carretilla. Opino que quien no obra bien es la gente seria: en lugar de prestarse a jugar con el joven, le dejan solo y se ocupan en el estudio o en hablar de cosas que les parecen importante; si no tiene nadie con quien distraerse, ¿no es natural que juegue con lo que tiene a mano, por ejemplo, con la carretilla?

El padre Champagnat consideraba la alegría y el gozo como una señal de vocación y de vida sana, porque decía: “El que está alegre manifiesta que le gusta esa vida, que es feliz en ella, y que va superando las dificultades que le presentan.”

➤ **Momento de interiorización.**

Compartir: *“La alegría y el gozo como una señal de vocación y de vida sana”.*
Personas que hemos conocido y que han sido testimonio de ello.

➤ **Oración**

Señor, tú me sondeas y me conoces, tú sabes si me siento o me levanto;
de lejos percibes lo que pienso, te das cuenta si camino o si descanso,
y todos mis pasos te son familiares.

Antes que la palabra esté en mi lengua, tú, Señor, la conoces plenamente;
me rodeas por detrás y por delante y tienes puesta tu mano sobre mí;
una ciencia tan admirable me sobrepasa: es tan alta que no puedo alcanzarla.

¿Adónde iré para estar lejos de tu espíritu? ¿Adónde huiré de tu presencia?
Si subo al cielo, allí estás tú; si me tiendo en el Abismo, estás presente.

Si tomara las alas de la aurora y fuera a habitar en los confines del mar,
también allí me llevaría tu mano y me sostendría tu derecha.

Tú creaste mis entrañas, me plasmaste en el seno de mi madre:
te doy gracias porque fui formado de manera tan admirable.

¡Qué maravillosas son tus obras! Tú conocías hasta el fondo de mi alma
y nada de mi ser se te ocultaba, cuando yo era formado en lo secreto,
cuando era tejido en lo profundo de la tierra.

Tus ojos ya veían mis acciones, todas ellas estaban en tu Libro;
mis días estaban escritos y señalados, antes que uno solo de ellos existiera.

Sondéame, Dios mío, y penetra mi interior; examíname y conoce lo que pienso;
observa si estoy en un camino falso y llévame por el camino eterno.

Gloria al Padre, el Hijo y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.



* **Hno. Silvestre:** Jean-Félix Tamet nació en Valbenoite en 1819. Conocido por su alegría y travesuras como hermano joven. Durante 43 años ejerció como Superior en el Hermitage, la Grange-Payre y en Saint-Genis-Laval. Al llamado del Hno. Teófilo, Superior General, de leer atentamente la Vida del Fundador y manifestar sus observaciones los hermanos que lo habían conocido, el hermano Silvestre, a pesar de sus 67 años, se sintió en el deber de responder al llamado y escribió las **Memorias** que conocemos (cerca de 400 páginas manuscritas).